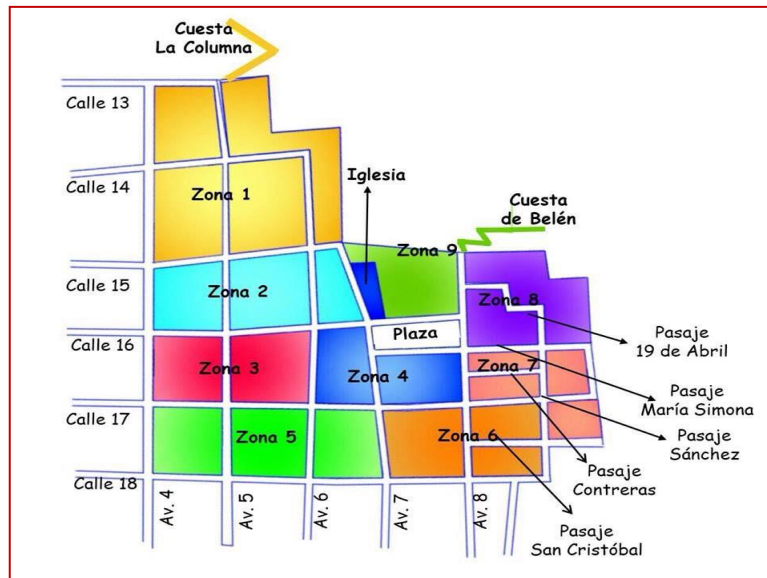


ALLÍ ERA DOMINGO

MAILER MATTIÉ



Belén. Mérida.

En la casa de Belén, las tardes de domingo eran tan insoportablemente aburridas como pueden ser en cualquier otra parte del mundo; las mañanas, sin embargo, solían ser muy luminosas como en Madrid, y algunas veces pasaban cosas muy divertidas. Las campanas de la Iglesia sonaban desde las siete, llamando a misa: convertían mi trasnocho del sábado en una pesadilla y no había más remedio que saltar de la cama, aturdida y somnolienta.

A causa de las misas, los domingos por la mañana mucha gente frecuentaba la casa de los abuelos, situada casi al frente de la Iglesia. Varios personajes, pues, pasaban un rato a saludar. A las ocho llegaba el primero, Tobías, el sobrino preferido de la abuela porque le arreglaba, en un santiamén, los grifos de la cocina. Fue él precisamente quien inició en la familia la -hasta entonces- inaudita práctica del peregrinaje religioso. Sus propias incursiones, sin embargo, duraban poco, aunque seguía asistiendo a misa por costumbre. Cada domingo pasaba tres o cuatro horas hablando, según el caso, de la

Comuna Universal, los Testigos de Jehová, los mormones, de las reuniones en el templo de Pare Usted de Sufrir, y dejemos de contar. Eso sí, intentaba por todos los medios convencer a la abuela para que adoptara la fe de turno; pero las creencias de la abuela eran mucho más firmes que las de Tobías. Cuando se marchaba, cerca del mediodía, ella inmediatamente le encendía una vela al Espíritu Santo en el altar de su habitación, encomendando al díscolo sobrino para que retornara pronto al buen camino. Volvía a la cocina y a la hora de almorzar, preocupada, comentaba con el tío Santiago los nuevos desvaríos del primo.

El proselitismo religioso, sin embargo, nunca había traído mayores consecuencias para la familia –fiel, en lo posible, al catolicismo de los capuchinos de la parroquia-, hasta que Tobías entró en la Comuna Universal y se dedicó, con pasión inaudita, a convencer a todo aquel que se dejara. Tuvo incluso el atrevimiento de pedirle a la abuela que tirara a la basura todos las imágenes de santos y de vírgenes que tenía; el argumento que utilizó fue que se ofendía a Dios idolatrando esas figuras que, a decir verdad, no eran más que unas baratijas. La abuela al final perdió los estribos cuando se enteró que sus propias hermanas, las buenas tías María Celeste y Sabina Trinidad, habían caído por completo en las garras de Tobías; lloró mucho porque se deshicieron, además, de un Niño Jesús muy antiguo, traído de España, que habían heredado de mamita Matilde.

En un país mestizo, donde casi todo el mundo, de una forma u otra, tiene conocimiento desde la infancia de las antiguas creencias africanas y del espiritismo, la adhesión de las tías a la Comuna Universal causó, no obstante, una auténtica conmoción en el ámbito familiar. Por las tardes, en la cocina, no se hablaba de otra cosa. La abuela gastó una verdadera fortuna poniéndole velas al Espíritu Santo; el abuelo protestaba por el nuevo despilfarro, entonces ella salía y compraba más velas.

A pesar de todo, quienes aprovecharon muy bien la situación fueron los maridos de las tías; argumentando que sus mujeres habían cambiado mucho, se buscaron de prisa otras compañías. Este fue, por lo demás, el supuesto origen de los primeros divorcios que salpicaron a la familia, dividida al final entre los que apoyaban a las tías y quienes apoyaban a los maridos. El abuelo,

por su parte, se convirtió en furibundo defensor de éstos; la abuela intentó poner orden y responsabilizó principalmente a la mala cabeza de Tobías.

Curiosamente, después de los divorcios, las tías regresaron libremente a la fe católica; le pidieron perdón a la abuela y nunca más volvieron a cambiar de religión. Hubo algunas sospechas de que las amantes de los maridos eran anteriores a todo este asunto, aunque la versión oficial prevaleció durante muchos años. Al final, las separaciones se volvieron frecuentes y dejaron de ser un escándalo en la familia.

Al terminar la misa de once, algunas veces solía visitarnos también la señora Dionisia, cuñada de la abuela, esposa del tío Toribio, aficionados ambos al buen whisky y a las cacerías en el llano. Antes de la misa, se tomaba un traguito mañanero para contrarrestar el frío, de tal forma que llegaba a casa animada y de buen humor. Se incorporaba a los coloquios religiosos en la cocina, aunque sin prestar demasiada atención. El abuelo se ponía nervioso y le subía el azúcar, pensando que todos estaban un poco locos y que solamente a la abuela se le ocurría fomentar semejantes tertulias. Cuando el abuelo ponía mala cara, la señora Dionisia se marchaba.

Yo tenía veinte años y era atea, como correspondía en esos tiempos a alguien de izquierdas que se preciara. Si quería desayunar, no tenía más remedio que incorporarme a las dominicales discusiones en la cocina. Sin éxito, intentaba hablar del opio del pueblo, de los fariseos y del lujo y la corrupción en El Vaticano; al primer descuido, Tobías aprovechaba para invitarme a los sermones que tenía previstos en la semana. De más está decir que fracasaba, porque mis convicciones en aquella época eran tan sólidamente idólatras como las de la abuela; además, las necesidades espirituales las consideraba asuntos burgueses que no me interesaban. Ahora, treinta años después, reniego de las ideologías, soy maríalonzera y politeísta: guardo gran respeto a la Pachamama, venero a María Magdalena, a Isis, a Yemayá, a la diosa Kwan Yin y el Sol es mi Tata Inti.

Los domingos, además, pasaba por la casa el compadre Ramón, marido de la tía Isabel -hermana del abuelo y de la tía Evangelista-; saludaba discretamente y tomaba café, pero no intervenía en las tertulias porque estaba sordo como una tapia. Aparte, pienso que aquellas conversaciones un tanto

excéntricas y paganas tampoco le hubieran interesado demasiado, acabando de comulgar como hacía todas las semanas.

Venían igualmente otras personas a veces, pero preferían quedarse hablando con el abuelo en el patio. Llegaba el tío Rufino, por ejemplo, hermano menor de la abuela, que parecía siempre un tipo feliz: era alto y corpulento -a pesar de haber nacido sietemesinos-, tenía la piel morena como mi madre, le gustaba el ron y fumaba como un loco; decía la abuela que habían tenido que envolverlo en algodones para que sobreviviera. Venía también un primo que era médico y parecía siempre un tipo muy infeliz: tenía la voz fuerte y ronca y decían que se matriculó por error en la Facultad de Medicina, pensando que era la Escuela de Veterinaria; tal vez por eso confundía a sus pobres pacientes del hospital con caballos, perros, gallos y bestias de cualquier especie. Cuando hablaba de los enfermos, éstos no tenían dolor en las piernas sino en las patas, no le operaban las manos sino las pezuñas, no se les hinchaba la boca sino el hocico, no se quejaban sino gruñían; consultarle alguna dolencia era, sin duda, correr el grave riesgo de sufrir una verdadera metamorfosis *kafkiana*. El tío Santiago, sin embargo, confiaba mucho en él, aunque dejó de hacerlo inmediatamente después que el tío Dippy se graduó de médico.

A pesar de todo, la abuela disfrutaba de las visitas. Mientras conversaba, preparaba un gran almuerzo, por si aparecía alguien inesperadamente a comer; casi siempre hacía sopa de *indios* –un caldo delicioso con envueltos de maíz y carne, sin tomar en cuenta el *nombrecito*, claro está-, ganso relleno para chuparse los dedos, ensalada rusa con pan de bolita, jugo de moras y arroz con leche o dulce de higos como postre. Le angustiaba pensar que no alcanzara la comida, sobre todo si aparecía la tía Olga -que no se llama así- con sus niñas, Ivonne y Lisette. Comía en la casa todos los domingos también un viejo mendigo a quien la abuela le guardaba, sin falta, una ración: el *bobito Bernabé*, como le llamaban en la ciudad; ni siquiera tocaba el timbre de la puerta, entraba, comía en silencio y se marchaba, seguramente contento.

Al terminar el almuerzo comenzaba el tedio de la tarde. Un domingo sí y otro no, el tío Santiago llevaba a los abuelos de paseo al páramo, a Lagunillas o a Jají; escuchaban las carreras de caballos en la radio, hablaban de

historias antiguas de la familia y comían pastelitos de queso que compraban en el camino. Independientemente del lugar a donde fueran, exactamente a las seis regresaban a casa; justo a tiempo: comenzaba la última misa de la tarde, a la que asistía sin falta la abuela.